



Capítulo 249

«... Uf».

El espacio quedó completamente separado por la corona dorada.

Cuando el círculo mágico dibujado a su alrededor se activó y la oscuridad comenzó a descender sobre el cielo ceniciente, Rine recordó de repente un recuerdo del pasado.

El comienzo de ese recuerdo era siempre una pequeña cabaña.

Cuando entraba en esa pequeña cabaña, había una familia cálida.

Una madre cocinando.

Un padre sentado en el escritorio, charlando amablemente con la madre.

Y tres niños parloteando y corriendo cerca.

Aunque habían pasado más de diez años, ese recuerdo no se había desvanecido.

No, de hecho, cada vez que afloraba, se volvía más vívido en su mente.

Lo que surgió a continuación fue una voz clara.



«¡Mamá! ¡Papá! ¡Una hermana mayor me ha dicho que hay un secreto que solo yo puedo saber! ¿Saben cuál es?».

Delante de Rine, una niña pequeña que ni siquiera le llegaba a la cintura reía alegremente.

La niña parloteaba feliz, moviendo sus pequeños labios.

No, la Rine del pasado había transmitido a sus padres las palabras de una mujer extraña.

Y con eso, el recuerdo volvió a mostrar la escena que Rine siempre veía en sus sueños.

El cadáver de una mujer a la que le habían destrozado la garganta.

Un hombre asesinado con los miembros retorcidos en todas direcciones.

Y la grotesca imagen de tres niños que habían perdido la vida, con sangre brotando de todos los orificios de sus cuerpos.

El pecado que ella misma había cometido.

La horrible escena creada por su propia ignorancia quedó grabada ante sus ojos.

Lo que surgió a continuación fue el recuerdo de «aquella vez».



Cuando recibió los poderes del padrino y, sin saberlo, se volvió un poco arrogante.

Ese encuentro.

El encuentro con Emil que le hizo perder algo precioso para ella...

Al final, Rine no pudo hacer nada durante ese encuentro.

Incluso en esa batalla, solo había recibido ayuda.

Un ser que no podía proteger nada y solo recibía ayuda.

Un ser que solo podía perderlo todo si no lograba proteger.

Un ser completamente inútil.

Sin valor.

Esa era la valoración que Rine se hacía de sí misma.

Por eso, estaba bastante contenta con esta situación.

Ella, que nunca había sido capaz de proteger a nadie, por fin había protegido algo.

A quien más quería.

A quien la llamaba familia, a pesar de que ella lo había pisoteado todo debido a su ignorancia.

A alguien precioso.

Rine desvió la mirada.

Al otro lado, vio la figura de Agu, sellada junto a ella.

No quedaba ni una pizca de razón.

Pero, independientemente de lo que dijeron los demás, poseía el claro poder de la codicia.

El poder de hacer suyo cualquier cosa en cientos de años.

Estaba justo ahí.

Y eso no era todo.

Rine había ganado algo realmente precioso.

Había tenido la oportunidad de convertirse en «una existencia preciosa» para alguien a quien apreciaba.

Algunos podrían llamarla tonta.



Podrían pensar que solo la estaban usando y luego desecharlo.

Pero sin importar los susurros que le llegaran, la leve sonrisa en los labios de Rine no se desvanecería.

Porque conocía bien al padrino.

Era una persona amable.

Odiaba ver sufrir a los demás.

Incluso en situaciones en las que sería natural actuar de forma egoísta, él simplemente no podía.

Quizás él creía que estaba siendo egoísta, pero para cualquiera que lo observara, era alguien que se movía por los demás.

Rine estaba segura de que él era así.

Que cuando escapara de ese lugar, se convertiría en alguien precioso para Alon.

«... Setecientos años».

Había pasado mucho tiempo.

Realmente, un tiempo increíblemente largo.



Y, sin embargo, ella estaba bien.

Porque era el momento de ganar la fuerza necesaria para proteger a alguien querido.

Era hora de ocupar un lugar en el corazón del padrino.

Al fin y al cabo, no había pasado tanto tiempo.

Rine sonrió y abrió los libros de su biblioteca mental.

Aún quedaba mucho por hacer.

#####

Alon...

No, para los elfos, era conocido como el «Elfo Primordial» que revivió el Árbol del Mundo.

Para otras razas, era conocido como el «Ser Celestial».

Había pasado un mes desde que desapareció.

Desde que se ocupó de Baarma, al que se podía llamar la «Cosa Negra»,

el mundo había comenzado a volver rápidamente a su estado original.



El cielo ceniciente que les había robado el sol ahora estaba bañado por la cálida luz del sol, la tierra oscurecida ahora olía fresca y terrosa de nuevo, como si nada hubiera pasado.

Todo estaba volviendo gradualmente a como era antes.

Y en el centro de la tierra élfica de Greynifra, que recuperó su verdor más rápido que ninguna otra, junto al Árbol del Mundo...

«.....»

Cuatro hombres y mujeres de diferentes razas se arrodillaron en silencio ante una lápida bajo el árbol.

Sniffle...

Alguien estaba llorando.

Alguien permanecía en silencio.

«.....»

Otra persona tenía una expresión de dolor.

Aunque cada uno mostraba emociones diferentes, tenían una cosa en común.



Entre ellos, el chico de ojos heterocromáticos que había permanecido en silencio se levantó y se dio la vuelta.

«¿A dónde vas?», preguntó la chica, no, la dragontina, que había estado sollozando.

El chico abrió la boca, con una madurez que no se correspondía con su edad.

«Para hacerme más fuerte».

«A hacerme más fuerte».

«¿Por qué?»

«Porque voy a vengarme».

«... ¿De quién?»

«De ese blanco».

Con los ojos ardiendo de profunda furia, el chico dijo:

«Sé que mi hermano podría haber sobrevivido entonces. Lo vi con mis propios ojos, en el fondo de ese lugar subterráneo. Si ese blanco no hubiera aparecido de repente de la nada...».

Apretó los dientes.



«Por eso, encontraré a ese bastardo que desapareció quién sabe dónde y lo mataré junto con mi hermana. Vengaré a mi hermano, que me salvó... sin importar cuánto tiempo me lleve».

Y con esa determinación, Nangwon...

«Incluso si tengo que romper la promesa que mi hermano me hizo cumplir».

Se dio la vuelta y caminó hacia el lugar donde esperaba su hermana.

Después de que Nangwon desapareciera por completo de la vista, los que quedaban comenzaron a levantarse, uno por uno.

«... El dios dijo que, si alguien llamado Eliban alguna vez pedía ayuda, había que ser bueno con él. Eso significa que tengo que hacerme más fuerte. Y cuando llegue ese momento...».

Ria murmuró mientras se marchaba.

«Yo soy uuh~».

El dragón negro, que no dejaba de sollozar, tenía los ojos llenos de lágrimas, pero finalmente se alejó débilmente.

Y el último que se fue...

«...»

Fue Ryanga.



En el lugar ahora silencioso donde todos los demás se habían ido.

Sin embargo, Ryanga no se movió ni un solo paso de delante del Árbol del Mundo y se limitó a mirar la lápida.

Y entonces.

«... No lo creo».

Murmuró.

Muy bajito.

Tan débilmente que nadie pudo oírlo.

Pero...

«El jefe no está muerto».

Con una voz llena de certeza.

Aunque los demás no lo hubieran visto, ella sí.

En ese último momento.

El jefe no había sido consumido por el abismo que devoró todo Baarma.

Púrpura.

Con algo púrpura, no había muerto, sino que había desaparecido.

Los demás no lo creían, pero Ryanga creía lo que había visto.

Por eso...

Ryanga recordó las últimas palabras que Alon había pronunciado.

La voz que de repente resonó en su mente cuando cayó.

«Vive con rectitud».

Ryanga apretó los puños con fuerza.

A partir de ahora, ese sería el objetivo de su vida.

Se convertiría en su justificación.

Porque...

El jefe estaba vivo.

Algún día volvería con ella.



Así que, hasta entonces...

«.....»

Ser reconocida por el Jefe, que le dijera que había vivido con rectitud.

...Ver ese rostro una vez más.

Seguiría viviendo.

.....La noble que devoraba a los de su propia especie abandonó Greynifra en las últimas horas del amanecer.

Y en ese momento...

«.....»

En el reino de Greynifra.

Ahora, la única elfa alta que quedaba, una elfa no contaminada por ninguna maldición, Magrina miraba fijamente el anillo colocado debajo de su escritorio.

Un anillo de diseño tan simple, sin ningún patrón especial.

Y, sin embargo, la razón por la que Magrina lo miraba sin cesar era porque sabía que era el anillo que llevaba Alon, no, su hermano mayor.



«¿Por qué es esto...?»

Magrina recordó aturdida lo que había sucedido antes.

El momento en que el anillo rebotó de repente en el carro cuando regresaba a la capital.

«Un hombre de ojos azules».

Cuando miró apresuradamente fuera del carro, la multitud era tan grande que resultaba abrumadora.

Aun así, entre la multitud, Magrina lo reconoció inmediatamente.

El que había colocado el anillo dentro del carro.

¿Quién demonios era?

Aunque todo su cuerpo estaba completamente oculto, ella lo vio claramente.

Esos vívidos ojos azules la miraron fijamente antes de desaparecer.

¿Quién podía ser?

Por más que lo pensara, no encontraba la respuesta.

Porque no recordaba a nadie con unos ojos tan azules.



Magrina levantó el anillo en silencio.

Por más veces que lo comprobara, era sin duda el anillo que llevaba su hermano.

«¿Podría estar mi hermano aún vivo...?»

Una esperanza que surgió en ella sin que se diera cuenta.

Pero pronto enterró esa esperanza en lo más profundo de su ser.

Porque lo había visto.

El Elfo Primordial, su hermano mayor, en las profundidades del subsuelo, salvando a las fuerzas aliadas y encontrando su fin.

Con expresión sombría, Magrina agarró el anillo que había sobre su escritorio y recordó las últimas palabras que su hermano había pronunciado.

«Podrás liderar bien a los elfos».

Palabras dirigidas a ella, incluso en sus últimos momentos.

Recordando esa voz, Magrina hizo una promesa en silencio.

Seguir sus palabras.



Seguir las y liderar a los elfos.

Convertirse en reina.

La determinación que había grabado en su corazón innumerables veces, la grabó una vez más.

Y en ese mismo momento...

Junto al Árbol del Mundo destrozado donde Baarma había encontrado su fin, una figura solitaria miraba en silencio el lugar donde antes había estado el cadáver de Baarma.

Con ojos negros como el azabache, la figura contemplaba el enorme agujero donde Baarma había perecido.

No...

El hombre que una vez había sido discípulo de Baarma.

Sonrió...

Inconscientemente, soltó una risita.

A pesar de que el dios en el que había creído, aquel con un poder abrumador, ahora estaba muerto.

A pesar de que innumerables creyentes habían caído en la desesperación.

Él no.

No, no había necesidad de desesperarse.

Porque había aparecido alguien aún más digno de su fe que Baarma.

El hombre recordó al dios que había convertido el mundo en hielo y pintado la Vía Láctea en el cielo ceniciente.

El dios que, para alguien como él que adoraba la fuerza, merecía que le dedicara su fe.

El gran dios que le había hecho renunciar a su fe en Baarma... Levantó lentamente la cabeza.

«... Adora».

Adoró en silencio.

Pronto, el cuerno negro que quedaba a medias reveló débilmente su forma contra el cielo nocturno.

#####

«Creo... que por fin está completo...».

«Hoo...».



Ante la extraña voz vacilante de Penia, Alon, que se había derrumbado sin fuerzas, miró al mundo violeta.

Ese mundo se había recreado exactamente igual que antes de que Alon cayera hacia mucho tiempo.

—¿Deberíamos salir de inmediato?

—No, ya que ahora está debidamente estabilizado, no se moverá mientras no interfiriésemos con él.

—... Entonces descansemos un poco.

Alon soltó un profundo suspiro.

Su cabeza se complicó y se rascó bruscamente el cuero cabelludo.

Era por culpa de Rine.

Alon recordó lo que había visto antes en Greynifra.

Cuando descubrió a la Madre de la Codicia, que no debería haber estado allí, y sintió que algo no estaba bien.

«...Así que por eso».

Pensando en descansar un poco, Alon pronto se puso de pie.



Porque tenía que deshacer el sello de Rine.

Entonces, de repente, puso una cara extraña.

La razón era.....

¿Dónde estaba el anillo?

El anillo del juramento que debería haber estado en su dedo había desaparecido.

«Estoy seguro de que nunca me lo quité...».

Pero, por ahora, lo primero era salir de allí.

Alon dirigió su mirada a Penia.

«Vámonos por ahora».

«¡Ah, sí!».

Quizás sintiendo el mal humor de Alon, Penia respondió rápidamente.

Mientras Alon comenzaba a moverse con ella hacia la puerta, recordó con calma los últimos momentos.



El momento en que bloqueó a los niños que intentaban salvarlo

y dejó sus últimas palabras con magia.

«Espero que el mensaje haya llegado...».

Mientras recordaba los rostros de cada uno de los niños, pensó en Ria.

Al principio no la había reconocido, pero a medida que pasaban más tiempo juntos, llegó a saber que su nombre era Historia.

Así que se dio cuenta de su identidad de inmediato

y le dejó un mensaje a ella también.

Recordar el momento final solo duró un instante.

Luego, Alon se volvió hacia Peña y le preguntó: «Cuando nos lanzaron, ¿evolvimos a ese momento en el tiempo?».

«Mm... si mis cálculos son correctos, sí».

Finalmente, cuando salieron al exterior, lo que vieron fue...

«... En serio, no te despediste como es debido y ahora te vas así... ¿Qué soy yo para ti?».

Era la espalda tan familiar de Evan.

Llevaba una armadura negra.

Estaba de pie ante un ataúd muy antiguo, irradiando un profundo dolor.

A su alrededor había muchas otras personas, llorando en silencio.

El duque de Altia y el conde Zenonia, junto con otros nobles, estaban alineados y presentaban sus respetos en silencio.

Incluso justo al lado del ataúd, Yuman murmuraba una oración mientras irradiaba poder divino en todas direcciones.

«.....

De alguna manera, parecía un ambiente demasiado solemne como para perturbarlo.

Por eso, Alon se quedó paralizado donde estaba.

Penia, que lo seguía, también comprendió rápidamente la situación y se limitó a poner los ojos en blanco.

Y entonces...

«... Aun así, debo seguir viviendo. Ha sido un placer, marqués... El dinero que me dejaste... Lo usaré bien».



Cuando Evan dijo eso con una sonrisa triste, refiriéndose al dinero que Alon nunca le había dejado, en el momento en que se dio la vuelta... Alon se encontró con su mirada.

«??»

Las pupilas de Evan se dilataron al instante.

Pero antes de que pudiera reaccionar...

«... Penia. Era una bastarda grosera, pero seguía siendo una buena amiga».

«Era muy grosera... pero sí, una buena amiga...».

«Ciento».

«... ¿Una buena... amiga... yo?».

Mientras hablaban, miraron el otro ataúd colocado junto al de Alon.

«¿Qué demonios acabas de decir?».

Penia murmuró de repente mientras ponía los ojos en blanco y emitía un fuerte «crujido».

Y, en un instante, todas las miradas se dirigieron en una sola dirección.

«¿¿¿??»

La atmósfera pesada, solemne y triste se llenó de repente de...

«¿¿¿??»

Confusión total y silencio atónito.

Alon, por primera vez, sintió verdaderamente lo que era una atmósfera sofocante.